

## HABLA DE ESCRITURA: DESVÍO, EXTRAÑO PODER

### *Talk About Writing: Detour, Strange Power*

Gabriela Milone<sup>1</sup>

**Resumen:** En el presente artículo realizamos un acercamiento a la noción de “habla de escritura” de Maurice Blanchot, noción que recusa el lenguaje conceptual, atributivo y predicativo de la lógica occidental. De este modo, Blanchot postula una “escritura sin lenguaje”, vale decir, una escritura que es habla y cuya paradoja da cuenta de una ruptura, una interrupción, un desvío del lenguaje y el pensamiento.

**Palabras clave:** habla, lenguaje, escritura, pensamiento contemporáneo.

**Abstract:** In the this article we approximate the notion of “talk about writing” (Maurice Blanchot), which rejects the conceptual, attributive and predicative language of the western logic. Blanchot postulates a “writing without language”, writing that is a form of speaking and which paradoxically gives an account of a break, an interruption, a detour of language and thought.

**Keywords:** speaking, language, writing, contemporary thought.

---

<sup>1</sup> Es doctora en Letras por la Universidad Nacional de Córdoba. Actualmente se desempeña como docente en la Universidad Nacional de Córdoba y como investigadora de Conicet. Es autora de *Luz de labio. Ensayos de habla poética* (Editorial Portaculturas, 2015); *Pensamiento filosófico y experiencias religiosas en la poesía argentina contemporánea* (Editorial Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, Serie Tesis Doctoral, libro electrónico, 2013); *Héctor Viel Termpeley. El cuerpo en la experiencia de Dios* (Ferreya Editor, 2003); *Escribir no importa*, poesía (Hemisferio Derecho Ediciones, 2016) y *Las hijas de la higuera*, poesía (Alción, 2007). Es coautora de *Georges Bataille. Inhumanidad, erotismo y suerte* (Alción, 2008) y *La escritura y lo sagrado. Bataille, Derrida, Marion, Blanchot, Foucault* (Alción, 2009). Es compiladora de *Violencia y método. De lecturas y críticas* (Letranómada, 2014); *La obstinación de la escritura* (Postales Japonesas, 2013) y *Variaciones Orfeo*, junto con la doctora Gabriela Simón (Eduvim, 2014).

Entre muchas de las nociones que, en el pensamiento de Maurice Blanchot, llaman la atención por su formulación en apariencia paradójica, quisiéramos detenernos en la siguiente: “Habla de escritura” [*parole d’écriture*]. Esta extraña noción figura en el título del primer apartado de *L’entretien infini*<sup>2</sup>, “Habla plural (habla de escritura)”, y aparece, también, mencionada en *La escritura del desastre* cuando se afirma: “[E]stamos deportados hacia un habla de otra índole, habla de escritura” (Blanchot 1990, 72). Digamos, para comenzar, que quizá su extrañeza se deba no solo al oxímoron que supuestamente articula, sino también a su aparición irregular: a veces, solo una mención; otras, apenas desplegada, y, sin embargo, su halo parece estar continuamente presente en esta escritura.

A lo largo del primer bloque del libro *El diálogo inconcluso*, conformado por nueve capítulos, se aclaran –aunque no podríamos hablar estrictamente de esclarecimiento o aclaración, sino acaso solo de instante de luz, de claridad del día– algunos rasgos: que el habla “a la que intentamos acercarnos” es la escritura (Blanchot 1970, 67); que se trata de una experiencia no dialéctica, sino más bien de un “habla de escritura que lleva una relación de infinitud y extrañeza” (Blanchot 1970, 139). Y, cada vez que Blanchot se refiera a este tipo de experiencia de lenguaje, encontraremos la siguiente aclaración: “Cuando hablar es, primero, escribir” o esta otra contracción: “Hablar (escribir)” (Blanchot 1970, 138-139). Esa otra índole de esta habla a la que se refiere en *La escritura del desastre* acaso esté signada por la *discontinuidad* o exigencia de interrupción, lo cual pone en cuestión la ilusión de homogeneidad y continuidad dialógica. Al exigir la discontinuidad, esta habla se muestra “plural”, no cerrada sobre una voz predominante, sino abierta a la disimetría de las voces, recibiendo así, incluso, a “la interrupción misma como sentido” (Blanchot 1970, 34).

En la discontinuidad y la interrupción, el habla de escritura solo se cumple si se reconoce incompleta. Pero su cumplimiento es menos la llegada a una meta que su desvío: “Desvío que habla como desvío del habla” (Blanchot 1970, 52). Y esto solo podría acontecer en la escritura: Blanchot recuerda la etimología de la palabra “escritura” como movimiento de incisión oblicua, punta que desgarrar, que hiende la superficie, que solo lateralmente puede moverse y así mostrar su vía en desvío. En esta escritura, dice Blanchot, “quien quiere avanzar tiene que desviarse y entonces hace un andar curioso de cangrejo” (Blanchot 1970, 70). Perdemos, en castellano, las relaciones de sonidos del francés, dado que la expresión coloquial *marcher en crabe* –andar de cangrejo, lateralmente, avanzar de costado, desviar el recorrido yendo no directamente– se vincula a otro término para mencionar el cangrejo: *écrevisse*, que convoca fónicamente las palabras *écriture*, *écrire*, *écrite*. La del cangrejo, pues, es una de las imágenes que se hallan en Blanchot para referirse a esta particular noción de escritura

---

<sup>2</sup> Hay dos traducciones del mencionado libro al español. La primera, titulada *El diálogo inconcluso*, data de 1970 y la hizo Pierre de Place para Monte Ávila Editores (Caracas). La segunda, retitulada *La conversación infinita*, la realizó Isidro Herrera en 2008 para Arena Libros (Madrid). En estas páginas se citará la primera traducción.

vinculada al habla, habla de escritura que avanza desviándose o se desvía avanzando hacia un punto que nunca será de culminación, sino de suspensión, interrupción, oscilación, recursividad. Habla como escritura y escritura como desvío: el *habla escrita* no se reduce a una pregunta ni a una respuesta, como si el desvío fuera antes de la dirección y como si, en ese movimiento, habla y escritura fuesen indiscernibles. Y aquí Blanchot está convocando singularmente el lenguaje de la poesía, esa habla escrita que da “la vuelta en la torcedura del verso” (Blanchot 1970, 68), y afirma: “Presentimos por qué el habla esencial del desvío, la ‘poesía’ en el giro de su escritura, es también habla en que gira el tiempo” (Blanchot 1970, 55). Gira (en) el tiempo en tanto escribe “sin desarrollar”, cumpliendo la exigencia del desvío en un movimiento que conduce a la *palabra de más*; palabra que escribe un tipo de habla que responde al mandato imposible de “mantener la palabra” (Blanchot 1970, 116) en la extrema exigencia de sostener esa habla sin medida común, plural y discontinua, desvío del lenguaje y no medio para decir.

Este sostenimiento marca la apertura de un habla nunca breve, siempre larga. Recordemos que, en las páginas de *El paso (no) más allá*, por caso, hay una insistencia crucial en lo que se nombra como “lo mínimo del habla”, que se diferencia de un habla corta, resumida o sintética. Lo mínimo del habla no la dispensa de su extensión, sino más bien parece referir al mínimo y casi imperceptible movimiento discontinuo del desvío del habla. Ante lo máximo del discurso lógico y predicativo, se postula lo mínimo del habla de escritura en la recursividad del lenguaje. Precisamente, el ruego con el que finaliza –pero sin finalizar– *El paso (no) más allá* dice: “Líbrame del habla demasiado larga” (Blanchot 1994, 168). El habla larga de la escritura no apunta a lo máximo del decir, sino a lo mínimo del desvío del lenguaje discursivo y lineal, por lo cual esa salida tiene la forma de un retorno, de un recomienzo: hay que mantener la palabra, hay que hablar, hay que continuar ese movimiento de desvío del habla para que esta no se detenga en ningún punto fijo que oficie de fin, de finalización, de finitud. El habla de escritura se hace en la infinidad del lenguaje, pero en lo mínimo de un habla sin poder, despojada de todo poder de decir, respondiendo a la extraña orden del “hay que hablar” (Blanchot 1970, 119). Este mandato del *hay que hablar* se apoya en un derecho al habla –recordemos cuando, en “La literatura y el derecho a la muerte”, se afirmaba que “hablar es un extraño derecho” (Blanchot 2007, 287)–, derecho que, a su vez, exige un gran sacrificio para ejercerse, una “inmensa hecatombe”: la de la muerte de *lo que se dice* y de *quien dice* en el habla. Y así, en esta habla de muerte y ausencia, acontece el ideal de la literatura: “[N]o decir nada, hablar para no decir nada” (Blanchot 2007, 289), única vía que asume el no decir nada para decirlo todo. Esta habla, antes que cosa-dicha, es cosa-escrita: “[U]n trozo de corteza, una esquirla de roca, un fragmento de arcilla donde subsiste la realidad de la tierra” (Blanchot 2007, 291). El habla de escritura se hace con y en esos restos materiales donde deberá emprender el desvío y el rodeo como camino sin camino, sin dirección, sin (un) sentido, sin dirigirse a ninguna parte ni relacionándose con ningún fin; su andar curioso de cangrejo se desvía en la arena, dejando trazos oblicuos en una superficie que pronto

sabrán borrarlos. Precisamente, en *La espera el olvido* se mencionará la “palabra de arena” (Blanchot 2004, 88), mostrándose, así, la arena como una imagen precisa y preciosa –imagen claramente asociada a la de la *marcha del cangrejo*– para pensar el habla de escritura, no solo por ser obra de la erosión del tiempo –obra que es precisamente una des-obra–, sino también por su extensión en superficies que se experimentan como infinitas y que, aun así, no se muestra como una cosa inmóvil, sino volátil. Incluso, pensemos en la arena como huésped de lo efímero de las huellas, en el pliegue dado por el sentido doble de *huésped* y del genitivo: se trata tanto de las huellas *en* la arena como de las huellas *de* arena. En la superficie de arena, las huellas se borran como las huellas de arena en otras superficies son imperceptibles y son borradas. El habla de escritura se nos figura, pues, como esa *palabra de arena* que atrae todas las palabras y las mantiene, desviándolas, en cada palabra. El cangrejo que marcha lateralmente deja huellas de arena en la arena y esa afirmación atrae, en su desvío y para su desvío, todas las palabras. Así como la arena es erosión y a su vez erosiona, del mismo modo el habla conlleva “una condena todavía ignorada y una dicha todavía invisible” (Blanchot 2007, 303). La condena de saber que, cuando habla, muere lo que dice y quien dice y la dicha de que en esa muerte radica la dicha de la *palabra de más*, de esa palabra que habla para no decir nada en tanto se ha liberado del lenguaje conceptual. La condena de la muerte de la cosa-nombrada se vuelve dicha en el habla de escritura que se entrega a la exigencia de hablar “errando como poder vacío” (Blanchot 2007, 293). Un poder que ha perdido su poder no deja de ser poder, sino que muestra una manera *otra* de serlo, acaso un modo mínimo, oscilante, interrumpido, discontinuo, vale decir: un poder *en reserva* de poder, un poder *en ausencia* de poder. Es este tipo de poder el que asume el habla de escritura, que deberíamos siempre decir que *asume* y no que *ejerce*. Esta aclaración resulta necesaria, en tanto que, etimológicamente, la palabra “asumir” en castellano deriva del verbo “sumir”, el cual, desde su significado preciso de “tomar”, ha derivado en significaciones como “sumergir(se)”, “hundir(se)”; mientras que “ejercer” tiene el significado de “hacer trabajar”, “hacer practicar sin descanso”. Las diferencias de ambos términos son claras: decir que un *poder se asume* es afirmar que se sumerge en él, que se hunde en él, predominando un matiz semántico de pasividad. Por otro lado, decir que un *poder se ejerce* es dar a entender que se lo practica y que se lo pone en práctica, predominando el matiz semántico de imposición de acción. Si el habla de escritura asume y no ejerce poder, significa que ese poder es uno de índole extraña, vaciado de poder de imposición, asumido en el desvío de todo poder en términos de ejercicio. Se asume, pues, la exigencia del pensamiento del desastre –de ese resto que no se deja pensar– en la interrupción de toda palabra y todo discurso, en la imposibilidad, en la no acción, en la dispersión, en un espacio sin tiempo y un tiempo sin lugar donde esta habla *otra* acontece en el *desastre* de la escritura cuando esta se desvía y rompe con el discurso predicativo. Porque el “hablar (escribir)” rompe con las relaciones de subordinación y de poder que se da entre las palabras del discurso. Al desviarse de esa unidad, se desposee de *ese* poder para asumir un poder *otro*: el de la discontinuidad, la disimetría,

lo plural. Se trata del extraño poder de un “habla no unificante” y “no doctoral” (Blanchot 1970, 138), que no acepta funciones de medialidad ni de comunicabilidad, de homogeneidad ni de homogeneización, de unidad ni de unificación.

Mantener la palabra del *habla de escritura* exige exponerse a la extrema infinidad de la distancia y de la espera, a la discontinuidad de lo plural, a la hipérbole de un vacío tautológico donde el habla traza el desvío de su camino. “Escribir: trazar un círculo en cuyo interior vendría a inscribirse el afuera de todo círculo” (Blanchot 1970, 140): el habla que se entrega a la escritura no aspira a la unidad, sino que asume la extrañeza de la distancia y, así, se abre a otra clase de circularidad, aquella que se sabe en un tipo de círculo –de recursividad, de pleonasma, de erosión de la predicación–, pero dada en el afuera de todo círculo de unidad del significado, de poder del discurso lineal. Al respecto afirma Paul de Man: “[E]l círculo es una trayectoria que tenemos que construir y en donde tenemos que mantenernos con ayuda del lenguaje. (...) El ‘devenir del círculo’ es ese tanteo hacia la circularidad que da forma al lenguaje poético” (De Man 1981, 407).

En esta circularidad recomenzada, el habla de escritura se entrega al pleonasma, figura que se diferencia de la paradoja ya que, a diferencia de esta, que afirma y niega al mismo tiempo, el pleonasma enuncia, pero sin enunciar –sin predicar–, mostrando la manera en la que las palabras van plegándose y vaciándose, circularmente, sobre sí mismas. Enunciados pleonásticos del tipo “pensamiento sin pensamiento”, “otro como otro”, “desconocido como desconocido” saturan el lenguaje, vaciándolo de su poder de predicación. Lo que el pleonasma evidencia es un poder sin poder: el del habla de escritura que habla, pero sin predicar, interrumpiendo las relaciones lógico-gramaticales en su saturación, siendo arena en la arena. El pleonasma anuncia una sustracción, una cesión, un abandono, un vaciamiento a costa de sí mismo, una interrupción del habla *otra*, murmurada y escrita.

En *El diálogo inconcluso*, el último capítulo del apartado “Habla plural (habla de escritura)” se denomina “Un habla plural” y será el lugar donde Blanchot mostrará las diferencias entre lo que postula como “habla plural” y habla del diálogo. En una primera instancia, se dice que esta última es el habla que conoce la pausa de una voz para darle cabida a otra; ambas se van turnando en la sucesión de intervenciones y en el ritmo respiratorio del discurso. Pero lo que le resultará enigmático a Blanchot es esa pausa que acontece en el diálogo entre una voz y otra. En un capítulo del mismo apartado del libro que comentamos, denominado “La interrupción como una superficie de Riemann”, sostiene que esa pausa es el enigma del lenguaje, en tanto que lo que se suspende en el diálogo es el poder mismo de hablar cuando el otro habla. Es necesaria esa pausa, esa habla interrumpida; aunque es importante reconocer que puede tomar direcciones muy diferentes: por un lado, en el habla común se presenta como un simple intervalo, como un mero turnarse en el diálogo. Aquí, solo dos “yo” son los que pueden entablar este tipo de diálogo, turnándose para decir “yo”, pero nunca dejando de decir “yo”. En suma, este tipo de diálogo implica que “toda habla es violencia” (Blanchot 1970, 144), en tanto que, en este espacio de duplicidad esencial, hay mandatos, temores,

elogios, etcétera. Sin embargo, hay otro tipo de pausa, más enigmática, que es la interrupción “que introduce la espera y mide la distancia entre dos interlocutores” (Blanchot 1970, 136). Lo que está en juego aquí no es lo que el poder de un habla pueda ejercer desde un “yo” hacia otro “yo”, sino que es una pausa que abre una relación sin relación de distancia infinita.

La suspensión de esta habla interrumpida la vemos especialmente en *La espera el olvido*, habla donde acontece un cambio profundo en la estructura del lenguaje, ya que asume la disimetría y la discontinuidad: [E]n un solo lenguaje hacer escuchar la doble habla (...) lo que hay que esperar sólo sirve para mantener la espera” (Blanchot 2004, 11). La espera, la pausa del habla, no se resuelve, sino que se intensifica. De la geometría plana, jerarquizada y mediadora del diálogo en el habla común se pasa a la “curvatura del universo” de un habla que afirma la interrupción y la ruptura, que intensifica la pausa en un trabajo infinito y desgastante en el que se expone “un habla verdaderamente plural, habla que precisamente siempre está destinada de antemano (disimulada también) a la exigencia escrita (Blanchot 1970, 145).

De este modo, el habla que se pone bajo la fascinación y la exigencia de la escritura asume el plural del murmullo, se desprende de todo “yo” para abrirse a una experiencia *otra* del lenguaje, no dialéctica, en el “agotamiento del habla por el habla” (Blanchot 1994, 73). Interrumpiendo el discurso de autoridad que articula el habla común, en la suspensión del poder del “yo” y en la pausa que abre el habla a la espera, esta habla que escribe no habla para callar ni para entregarse al mutismo. Solo en lo *mínimo del habla*, el habla se entrega al habla –a la escritura– y se vuelve plural en ese espacio movedizo de arenas donde *hay que hablar*, donde hay que mantener la palabra. Así, el habla de escritura solo es pronunciada por error, en el error. Por ruptura, en la discontinuidad. Por suspensión, en lo mínimo. Por distancia, en la extrañeza. Desvío en el desvío. Huellas en la arena de las huellas de arena. *Hay que hablar*: la escritura así lo exige. *Hay que hablar*: la *palabra de arena* es esa *palabra siempre de más* que debe ser escrita. Poder en reserva de poder. Como si la escritura en el habla y el habla en la escritura tuvieran la curvatura como espacio, el olvido como compañero, la palabra como arena, el círculo en su recomienzo.

## Bibliografía

- Blanchot, Maurice. 1969. *El libro que vendrá*. Traducido por Pierre de Place. Caracas: Monte Ávila.
- . 1970. *El diálogo inconcluso*. Traducido por Pierre de Place. Venezuela: Monte Ávila.
- . 1976. *La risa de los dioses*. Traducido por J. A. Doval Liz. Madrid: Taurus.
- . 1977. *Falsos pasos*. Traducido por Ana Aibar Guerra. Valencia: Pre-Textos.
- . 1978. *El espacio literario*. Traducido por Vicky Palant y Jorge Jinkis. Buenos Aires: Paidós.
- . 1990. *La escritura del desastre*. Traducido por Pierre de Place. Caracas: Monte Ávila.
- . 1992. *La comunidad inconfesable*. Traducido por David Huerta. México DF: Vuelta.
- . 1994. *El paso (no) más allá*. Traducido por José Ripalda. Barcelona: Paidós.
- . 2001. *La bestia de Lascaux. El último en hablar*. Traducción de Alberto Ruiz de Samaniego. Madrid: Tecnos.
- . 2004. *La espera el olvido*. Traducido por Isidro Herrera. Madrid: Arena Libros.
- . 2007. “La literatura y el derecho a la muerte”. En *La parte del fuego*. Traducción de Isidro Herrera Madrid: Arena Libros, 269-303.
- . 2009. *Una voz venida de otra parte*. Traducido por Isidro Herrera Madrid: Arena Libros.
- Del Barco, Oscar. 2003. *Exceso y donación. La búsqueda del Dios sin Dios*. Buenos Aires: Biblioteca Martin Heidegger.
- . 2008. *La intemperie sin fin*. Córdoba: Alción Editora.
- De Man, Paul. 1981. “La circularidad de la interpretación en la obra crítica de Maurice Blanchot”. *Eco. Revista de la Cultura de Occidente*, 238: 392-409.
- Derrida, Jacques. 1986. *Parages*. París: Galilée.
- . 1998. *Demeure. Maurice Blanchot*. París: Galilée.
- Heidegger, Martin. 1990. *De camino al habla*. Traducido por Yves Zimmermann. Barcelona: Odós.
- Foucault, Michel. 1999. *Entre filosofía y literatura. Obras esenciales, volumen I*. Traducido por Miguel Morey. Barcelona: Paidós.